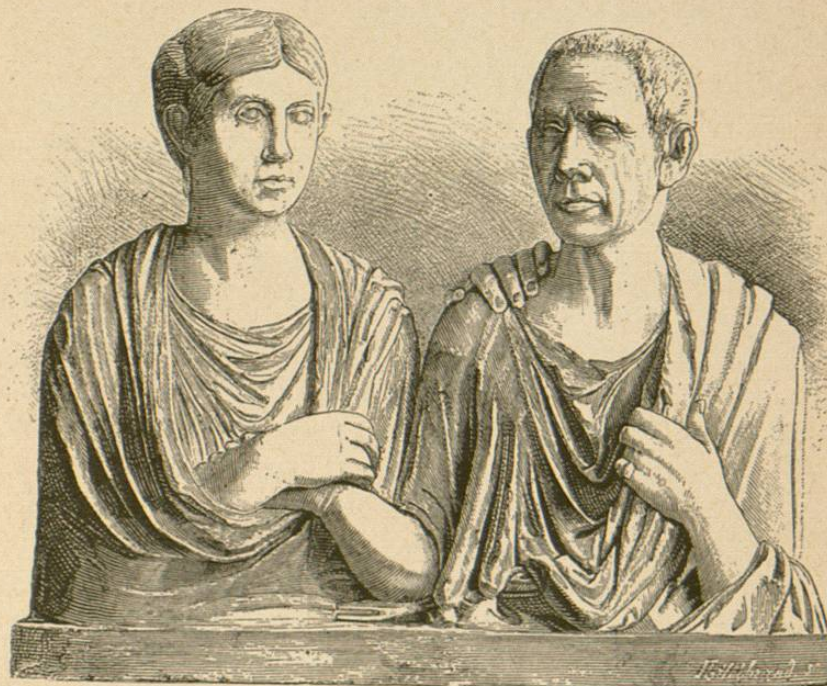


los cuales todo lo existente parece pobre copia: sublimes palabras con que los platónicos y Platón supieron, allá en el antiguo mundo, confortar á los héroes y á los mártires de Grecia y Roma. Lo cierto es que sin ese apoyo ideal de un pensamiento filosófico tan sublime, acaso Catón careciera de fuerzas para tornarse contra los decretos del destino y penetrar sereno en las sublimes y etéreas anticipaciones de la inmortalidad.

»Tras estas reflexiones sublimes, manifestadas en banquete parecido á los banquetes de Platón, apartóse con solemnidad el austérrimo romano de sus comensales y se recluyó en su cuarto. Ya dentro de aquellas cuatro paredes miró el abismo de la eternidad con serena mirada y resolvió arrojarse á su insondable seno en el siguiente amanecer. Leyó el Fedón dos veces en rollo que llevaba siempre consigo, y las ideas del maestro le fortalecieron en la robustez de sus propósitos, así como le alentaron á ponerlos por obra, seguro de la inmortalidad. Aquella elocuencia melodiosa del gran filósofo de las ideas, oponiendo frente al reducido hueco de un sepulcro la inmensidad del espacio, á lo breve y fugaz de nuestra vida el tiempo eterno, al cuerpo que se desprende y cae sobre la tierra el vuelo de nuestro inquieto espíritu hacia lo infinito, aquella melodiosa elocuencia de Platón lo transportó al cielo de la justicia, después de haberle sugerido un menosprecio y un disgusto acerbísimos por esta tierra de los tiranos y de las tiranías. Concluída la lectura con arrobamiento, decidió morir con severidad. La conciencia en tales términos había dominado á la voluntad y la voluntad á los nervios, que no tuvo ni una repulsión siquiera en la cual se denotase la resistencia de su instinto al dolor y á la muerte. Como buen romano, era Catón buen militar, y como buen militar tenía consigo siempre su espada. Ninguno de aquellos hombres, ninguno, se acostaba sin colgar este instrumento de su defensa muy cerca del sitio de su reposo. Catón había colgado su espada en la cabecera de su lecho. Fué á descolgarla para matarse, porque la conversación del banquete con los amigos y la lectura del diálogo espiritualista aclararon los movimientos de su alma, y encontróse con que había la espada desaparecido de su puesto. Disgustadísimo llamó á voces al siervo encargado de su alcoba. No respondía. Continuó leyendo mientras le aguardaba, pero no ve-

nía, retenido por la familia y los amigos, que descolgaran el fatal instrumento á fin de impedir la muerte. Viendo, tras un corto rato, que no llegaba el llamado, lanzóse á la puerta de un salto, abrióla de un golpe y dijo que, hallándose muy cerca el vencedor, no quería caer vivo en sus manos. Al oír esto los que vigilaban sus actos desde fuera, pugnando por conservarlo para la patria, para la fa-



Porcia y su esposo Catón de Utica

milia, invadieron el cuarto con tumulto, dirigiéndole ruegos entrecortados por sollozos. Los partidarios últimos, los clientes predilectos, los filósofos compañeros suyos, los hijos del alma, componían aquel cortejo que levantaba los brazos y las voces al cielo entre amargas exclamaciones con la intensidad de su desesperación, para en la vida retenerlo y salvarlo de sí mismo. Mas el inflexible republicano se mostró tan entero de carácter y tan resuelto por la propia inmólación, que opuso á dolor tan profundo y sincero el silencio y la frialdad de un muerto. Nada respondió á reflexiones de filósofos que le habían en el alma infiltrado una doctrina por la cual podía sobreponerse al destino y á sus fatalidades con

acto de suyo tan simple y natural como la muerte. Nada hizo cuando aquellos á quienes diera el ser le instaban para que no llegase á quitárselo con el dolor causado por su muerte.

»Catón parecía una cifra, no una persona. El alma se había desceñido ya del cuerpo cuando aún departía con los circunstantes. Desde las alturas adonde acababa de llegar ya por un esfuerzo anticipado y una visión anticipada también, sólo veía el corto tiempo restante á todos los vivos, aun á los más jóvenes, para entrar, como él, en la eternidad y acompañarle allá por las sombras eternas. Compasión les tuvo al verlos por su instinto grosero atados á la tierra, pero no quiso echarlos. Tanta tenacidad venció todas las resistencias. Una estatua de pórfido requerida por tantos ruegos y regada con tantos lloros hubiérase conmovido y ablandado. Catón, el estoico, apenas dió señal ninguna de sensibilidad. No parecía él, parecía su propia efigie fúnebre levantada ya sobre su mudo y frío sepulcro. Así los circunstantes se fueron, de grado unos, por fuerza otros, despedidos todos. La tranquilidad inalterable del estoico no se alteró á la despedida. El único acceso que sintiera en todas aquellas incidencias, fué un acceso de rabia contra el esclavo que le había ocultado la espada. Cegóse de tal suerte que le golpeó la cara con impetu, quebrantándose con el esfuerzo violentísimo su puño. Este movimiento último de vida le amargó más y más la muerte. Como se había dislocado la mano derecha, faltáronle fuerzas para hundirse la espada en el vientre. Y le salieron las tripas, mas le quedó todavía la vida. Entonces, al resuello de su agonía terrible y al estrépito de su cuerpo derribado, volvieron los suyos. Y como le quisieran someter á que le curaran, cogió con las dos manos los dos extremos de la herida que se había con la espada en el vientre abierto, y rasgándose las entrañas murió sin haber lanzado una queja, quedando extático en beatitud íntima é interior de quien ha cumplido un deber sacratísimo por cuyo cumplimiento pugnara mucho tiempo.

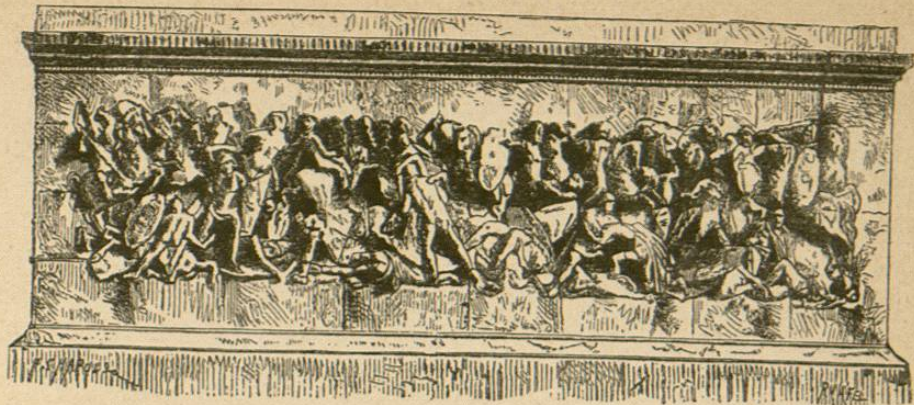
»La muerte de Catón quedó como un ejemplo vivo para la escuela republicana y la escuela estoica. El viejo espíritu de Roma hizo á este hombre completamente suyo. El austero espíritu estoico lo convirtió en ideal de su doctrina, revestido por un humano cuerpo. En su energía se mostró que no acababa él en resigna-

ción y conformidad con los decretos del hado, acababa en protesta, y protesta sublime. Por eso le puso la humanidad entre los héroes y los mártires á un mismo tiempo. Murió, sí, pero murió después de haber combatido y protestado, cuando los mares, los cielos, el desierto, la ciudad entera de su refugio le faltaron dominados bajo la terrible irrupción de los afortunados cesaristas. Su muerte le trocó en verdadero numen de un partido romano que sobrevivió largo tiempo á las victorias del cesarismo, y en verdadero numen de una escuela filosófica que inspiró mucho las obras posteriores de la civilización. Por la filosofía, por la política, por la moral, por el sitio adonde lo alzaba ya la historia contemporánea, Catón quedó como un héroe de la república y de la libertad en el humano pensamiento.»

Hasta aquí el buen Persio. Así podía darse un tan extraño fenómeno como que los sometidos por el hado á Nerón, en los albores de su reinado, se holgasen á una con recordar la república y los mártires de la república, cual si viviesen dentro de la más lata y más firme libertad. Esta contradicción reinante, mientras los restos del partido republicano sobrevivieron á la derrota de sus instituciones, traía una lucha latente, pero continua, entre la ciencia y la política, entre los filósofos y los césares. Mientras no había peligro de ninguna clase, no estallaba la guerra tampoco en la superficie del mundo y en el escenario de la sociedad; pero así que cualquier nube tronaba, cualquier tempestad sobrevenía, cualquier dificultad se levantaba en el camino de los césares ó cualquier obstáculo á sus caprichos surgía, estallaban persecuciones periódicas, en las cuales, rompiéndose la soga por lo más delgado, aparecían los filósofos inmolados como víctimas consagradas al feroz despotismo, nunca saciado de humana sangre.

En tiempo de Claudio las aficiones de éste á todas las controversias permitían todos los atrevimientos á la idea; pero el artista Nerón, que acababa de sucederle, no tenía esas tragaderas y se preparaba con resolución á no consentir otra voz en Roma que su propia voz, á la cual quería dar melodías celestes por su dulzura y caracteres de oráculo por su infalibilidad. Así, allí mismo, en aquella grande asamblea de filósofos y retóricos, en aquella conmemoración ante Claudio del republicano estoico, muerto por la libertad,

comenzaba de seguro aquella oposición abierta entre la filosofía y la política, en cuyos combates habían de cometerse tantos crímenes y por cuyas incidencias habían de generarse tantas tragedias. El pensamiento tiende de suyo á la realidad. No podían decirse tantas cosas sin que alguna se condensara en tormenta y culebrea en asoladoras centellas. Esta oración fúnebre de Catón traía mucha cola. Gentes de acción varias creyeron que no estaban en el caso de reducirse á discursos y necesitaban proceder con mayor actividad y modificar en las llamas del pensamiento las tristes realidades del Imperio. Así el día mismo en que fué ascendido al trono el nuevo César, se urdió contra su poder y su gobierno una conspiración. Pero volvamos al despojo de Claudio.



CAPÍTULO II

LOS FUNERALES DE CLAUDIO

Cuando volvió Nerón de recibir las sendas sanciones, dadas á su poder y á su fortuna por pretorianos y senadores, como el primer y más natural reconocimiento de su autoridad fuera pedirle la consigna, ó sea la formularia frase para la guarnición, llamada entre nosotros santo y seña, pidiéronse en efecto los guardias y dió esta con toda reflexión: «Al modelo de madres.» Verdaderamente no se puede urdir una conspiración palatina con tanto acierto y perseverancia como la ultimada ya por aquella emperatriz formidable, que unía con los arrebatos propios de una sensibilidad exaltada las matemáticas operaciones de un sereno raciocinio. Pero si había en realidad sido la mejor de las madres por montar un trono, como aquel elevado á las plantas ya del hijo de sus entrañas, no la movió en tanta empresa el amor á éste, la movió el amor á sí misma; y no fué Nerón emperador para imperar por sí, lo fué para que imperara en su nombre quien estaba por ley de naturaleza más cerca de él, y hasta cierto punto más sobre él en la tierra: su amorosa madre. No se necesitaba pertenecer á los adivinos y á los astrólogos para presagiar, desde los primeros momentos de aquel reinado,



Agripina laureada
(moneda de oro)



Agripina y Nerón
(moneda de oro)